REPÚBLICA DE EL SALVADOR — AMÉRICA CENTRAL — AÑO 1º

EL FÍGARO

AGUINALDO DE NAVIDAD

Tomo I — San Salvador, Martes 25 de Diciembre de 1894 — Num. 10

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

Arturo A. Ambrogi — *Victor Jerez*

SECRETARIO DE REDACCION:

ISAIAS GAMBOA

OFICINA:

10ª Avenida Sur—Nº 93, altos

"EL FIGARO"

Periódico Literario

Se repartirá todos los domingos por la mañana
Valor de suscripción, por mes: 18 centavos
Número suelto: medio real
Número extraordinario: 12½ centavos
Centro-América y exterior, por semestre: $ 2
Los recibos de la capital se cobrarán después de vencido el mes
La administración queda, de hoy en adelante, á cargo de la Redacción

La colaboración para "EL FÍGARO" será solicitada por la Redacción
En ningún caso se devuelven originales

CAUSERIE

"¿Connais—tu le pays, oú fleurit l'oranger?"..

¡Oh, Mignón! Conozco ese país dorado donde florecen los azahares de nieve, conozco ese país donde se dan los mirthos! Lo he visto, todo lleno de encantos é idealidades, á través de mis sueños. Lo he descubierto allá, muy lejos, en la tierra del sol. Bajo el dombo de aquellos cielos, florece la gracia, entre azahares, entre mirthos, como una divina rosa solitaria. De allá viene la blancura de lino y el tinte moreno, incendiario, de los rostros; el rojo vivo y puro, rojo de mirtho, de los labios que aún no han besado por primera vez; el negro profundo y sedoso de las pupilas soñolientas......

....Leamos un lindo *romans*, una flamante novela de Pierre Lotí, mientras llega la noche, y nos vamos, cabalgando, cabalgando, á través de la bruma dorada de los sueños, á ese país blanco, á esa tierra de los naranjos y los mirthos.......

¡Oh, Mignón! Llévame á ese adorable pedazo de tierra, tan lejano! Llévame, cogido de tu mano como un torpe chicuelo, á esos jardines vastos, para los cuales nunca hay invierno, sólo primavera, á arrancar flores y llenar mi cesto de mimbres! Llévame á ver, cómo se pone el sol tan temprano y cómo el alba, con sus dedos de rosa, desabrocha los botones y despierta la nidada, que prorrumpe en ruidosos himnos de vida.

"¿Connais—tu le pays, oú fleurit l'oranger?"..

¡Si, Mignón! Conozco ese país de sueños, y de esos azahares de nieve traigo repleto mi cesto, que vacio á vuestros pies, señorita lectora.

***

Ya es Noche Buena.

¡Noche Buena! Noche Buena! Noche de inefables, de dulces y muy gratos recuerdos! Bien venida seas!

Te recibimos en traje de fiesta y en nuestra casa; los niños buenos, te saludan, te rinden ovación.

Es de noche.

Las campanas llenan el ambiente con sus alegres repiques. Hace un viento frío y punzante. Envuelto, bien arropado en mi capa, me lanzo á la calle, á confundirme entre los grupos de gentes, que, alegres, endomingados, pasean y ríen, mientras la hora de misa se llega. Y paseo y observo.

Voy fumando tranquilamente mi cigarrillo, y veo todos aquellos risueños cuadros, atentamente. Grupos alborotados de niños pasan, sonando sus pitos, haciendo un ruido enorme y agradable. Vendedoras de ojaldres, dulces y montones de *ventas* vocean en voz alta sus mercancías. ¡Qué hermosa noche! Casi me siento niño. Ardo en deseos de correr, de gritar, de hacer causa común con los chicos.

La hora de la misa se acerca. Las anchas puertas del templo dejan salir restos de la iluminación, ráfagas de notas severas que brotan del harmonium. Y adentro..........

En el hogar, mientras tanto, el árbol del buen Nöhel alza sobre la mesa del comedor sus ramajes verdes, llenos de juguetes, llenos de bombones.... Y en la cocina se preparan los sabrosos manjares y se doran al horno los gordiflones pasteles de frutas, y el "pudín" de leche y miel, relleno de ciruelas. ¡Qué olorcillo tan delicioso el que se sale! El olor que despide el pato que se fríe en la ancha sartén, ¡qué excitante! Es el día en que la abuelita se esfuerza. Hecha el resto de su saber, aprendido en un "Manual de Cocina" de sus bue-

nos tiempos. Ella es la que en casa impera ese día. Ella es la reina y señora. Hay que abdicar en favor suyo.

Señora abuelita: Haga Ud. lo que quiera, ordene lo que le plazca, mientras yo voy de paseo, sintiendo hoy placer infinito con rozarme, con darme de codazos con la gente del bronce, con tomar parte en aquel sano regocijo. Después de misa: la cena. Al rededor de la larga mesa se reunirá toda la familia .. Ah! Habrá vacío un asiento en mi mesa! Faltará Cristina, la muertecita...... .....

Esta, más que nuéstra, es fiesta de los niños. Ellos se sienten libres, como pájaros en un bosque, en esta noche. Comen con papá, risueños, soñolientos, hartándose de dulces, sin que la mamá cuidadosa les reprenda. Beben su vaso de vino, puro, que los hace emborracharse. Atacan, con bizarría, el rechoncho pastel de peras y el respetable "pudín." ¡Oh! ¡Lo que es un niño! Qué lindo es tomar asiento junto á uno de ellos y observar por toda la noche, sus movimientos! De un golpe de su manecita vuelca el vaso y os riega el vino sobre vuestro traje nuevo.

Noche Buena! Buena noche!

¡Y cómo, al sonar las tres de la mañana, después de terminada la cena y rezado el "padre nuestro," van á acostarse y colocan, con cuidado, en la ventana, el zapatito nuevo y el escarpín de seda! Pasará Nohël y dejará los presentes. ¡Qué ansias indecibles llenan aquellos pechos infantiles, mientras entornados los ojos, quieren dormirse! El sueño no llega aún, y ellos piensan en mil y mil cosas distintas, saltarines como mariposas, y se preguntan: "¿Qué dejará Nohël para mí? ¡Quién sabe! Mamá prohibe que pensemos nada de esto." Y se duermen al fin. Y sueñan que un enorme buen ogro, con una formidable mochila de dril al hombro, sudoroso, jadeante, va repartiendo los aguinaldos. ¡Qué amable cara tiene ese hombrazo! El largo mostacho blanco ríe benévolamente y la vasta bota de guerrero prusiano, hace gran ruido sobre la alfonbra.

El amanecer es el día grande. Llena la casa una enorme algazara. Risas, gritos, lloridos, palabras sin terminarse, nombre dichos entre explosiones de carcajadas harmoniosas. En ese amanecer la casa es una jaula en alboroto, una grande cháchara. Hay que huir, que parapetarse en un punto donde no pueden descubrirlo los chicos, y reirse y gozar uno solo. ¿Y la niña muerta? ¡Ah! De pronto en plena alegría, el aletazo de ese ángel del dolor sobre nuestra frente, nos pone meditabundos. ¡Dolor, cuando los chicos ríen y gozan! Sí. Pero....Para Cristina irá el presente al cementerio, le llevaremos su aguinaldo. ¡Como verá ella, llorando quizá, desde el cielo, su hueco vacío en la mesa! ¡Cómo verá la muñeca endomingada que Fidelina arrulla, como una madre, en su regazo! ¡Cómo la escopeta de latón y el clarín, que suena, con aire marcial, el travezuelo de Salvador! La fiesta de Noche Buena en el cielo no es ni imaginable! Debe de ser aquella una feria como nunca podrá verse sobre la tierra! Y el juguete lo da el buen Dios en persona y la Virgen Santísima y el rubio San José, reparten besos y confites!

Noche Buena! Noche Buena! Bien venida seas!

***

Una noche azul............

El Teatro Nacional abrió sus puertas al público, con motivo de celebrarse, en su lujoso y coqueto recinto, la velada con que el "Colegio Normal de Maestras" celebraba el término de sus exámenes y la distribución de premios y certificados, la noche del domingo 16 del corriente.

Invitados anticipadamente, en atenta tarjeta, por la apreciable Directora doña Rafaela de Alarcia, fuimos puntuales. Como lo ofrecido, el telón se levantó á las ocho en punto. La platea y los palcos estaban llenos; una frase de cronista galopante: "de bote en bote." Entre las señoritas se encontraban: María Drews, Josefina Sagrera, Elvira Sagrera, Albertina Stich, Luz Alegría, Sara Bouineau, Tula Medina, María Stich, Teresa Drews, etc., etc. Entre las señoras: Julia de Trigueros, Estebana de Lagos, señora de Arriola, María de Araujo, Mercedes de García González, señora de Sagrera, de Stich, y más, cuyos nombres se me escapan. Los hombres, abundaron; "hubo de más."

Abrió el acto la señorita Joaquina Olmedo, con un corto y expresivo discurso, en que lució su claro talento y fácil estilo, que hemos admirado ya, más de una vez.

Después de los ejercicios calisténicos por los párvulos y las niñitas del primer grado de preparatorio, llegó su turno á Cordelia Guirola, profesora del establecimiento. Recitó una hermosa composición á Cervantes, del poeta español José Velarde. Cordelia, suave Mignón! En sus rojos y primorosos labios, ¡cómo vibró, con tanta pasión, la armonía de los versos! ¡Cómo se desgranaron, á torrentes, las perlas rítmicas de su voz de ángel! ¡Si el autor hubiese estado por allí! Ese señor autor, señorita Cordelia, de seguro que se muere de gozo al oirla á Ud! ¡Oírla recitar su poesía con tanta pasión, con esa voz suya tan agradable, con esos sus accionados cautivantes, con esa su suave timidez de musa que canta, entre amapolas! Ese sería el mayor triunfo, el más glorioso y simbólico laurel verde. Lo que fuera yo, en lugar de él, me vuelvo loco de pura vanidad.

La fantasía del "Fausto," ejecutada por la Estudiantina, resultó brillante. Deshojó á los pies de las gentiles artistas, mis rosas de elogios, rosas que crecen fragantes en los jardines del alma. Ante todo, como nota azul del adorable conjunto: Hortensia Salazar, ¡guapa, guapísima! Muy retrechera y cautivante.... Hortensia es el gérmen de una artista distinguida. Ejecuta brillantemente y sabe sentir.

Muy bien quedó Elisa Arriola al ejecutar al piano la gran fantasía del "Ruy Blas." Es Elisa una adorable pálida, un capullo de rosa thé, que está para transformarse en mujer....Filomela se posa sobre el marfilino teclado de un Ebans y gorgea, traviesamente, una aria á la primavera.

Octavia Zaldívar, una joven diosa blanca, de ojos azules y labios rojos y carnosos, recitó un trozo de poema marmóreo, una rapsodia bárbara é imponente, una apocalipsis de luces: "A Victor Hugo" por el enorme Salvador Díaz Mirón, el león de la estrofa. Una paloma sedeña que se posa sobre la alborotada melena de la fiera montaraz y arrulla, con dulzura, acompañando el rugido cavernoso.

El galante Duque Job, dio un mazo de margaritas silvestres que deshojó ante nosotros, pensando en Dios, Romilia Silva, una graciosa morena. Margarita apasionada, arranca uno por uno los pétalos de oro, pensando en Fausto. "¿Me amará?" —se pregunta. Sí, rubia Margarita; Fausto te ama! Y en tanto que Siebel deja en tu balcón de vidrios de colores, su fresco ramo de rosas, Fausto deja en el umbral de tu puerta, sobre la grada de tosca piedra, la caja de raso tinto que cautiva, en su muelle colchón, las joyas tentadoras. ¡Sí, amigo Fausto; Margarita te ama! Deshoja, pensando en tí, una húmeda margarita de oro! Romilia recitó con propiedad "El Dios bueno y el Dios malo," una de las mejores y más aplaudidas poesías de Manuel Gutiérrez Nájera.

Tocó su turno á Sara Cortés, con la recitación del muy delicado "Viaje de la luz," de González Camargo, un notable poeta colombiano, que mereció, cabalmente por esa misma poesía, los más entusiastas elogios, de parte de don Juan Valera, el famoso crítico de España.

El lindo y sujestivo valse berlinés "Gente Alegre," fue ejecutado por la Estudiantina. Resultó admirable y fue aplaudido furiosamente. Fue pedida la repetición, á lo cual accedieron gustosas las artistas. Manos delicadas, de nieve y rosa, rompieron el collar de diamantes que se desgranó, como lluvia de gotas de rocío, sobre la alfombra.

Y después de la distribución de premios y certificados entre las alumnas maestras, y de un coro, "Blanca Luna," cantado por las mismas y dirigidas por la distinguida maestra de canto, señorita Juana Olivares, la Sub-Directora Sta. María Alarcia, cerró el acto, leyendo con voz clara y propia, un corto y bien escrito discurso. Salimos del Teatro cerca de la media noche, llena de gratos recuerdos el alma, llenas las pupilas de tantas siluetas hermosas.

Ahora, desde este rincón de la crónica, envío, en mi nombre y en el de mis compañeros de redacción, nuestras ardientes felicitaciones á la señora Directora, señoritas profesoras y alumnas del "Colégio Normal de Maestras," y les deseamos muy felices, muy agradables vacaciones.

Y hablo yo de esta noche, por puro compromiso. Lohengrín era el encargado de escribir esta crónica, pero se escabulló. Y así es como me tienen ustedes aquí, á los pies de tantas mujeres hermosas y de tantas niñas adorables, rindiendo homenajes y deshojando flores.

***

De blanco! ¡Oh mañanitas frescas de mayo! !Oh tardes rosadas de abril!.... ¡Cómo os recuerdo! Cómo al ver florecer vuestras primeras lilas, mi alma goza con tu recuerdo amable!

De blanco visten los ángeles; de blanco las vírgenes mundanales que se mueren y que se van al cielo. Blanca es la inocencia, blanca la pureza, blanca la nieve que corona las altas cimas del monte, blanca tu faz, blanca tu alma, ¡oh mi novia primera! ¡Oh mis diez y ocho años idos ya para siempre!

De blanco ví que vistió, cuando hizo su primera comunión, mi novia infantil. La ví y parecía una desposada. Más tarde, pasados algunos años, dos, tres, no lo recuerdo, la ví vestida de blanco. ¡Oh Amali! Yo lo recuerdo bien. Cuando cumpliste diez y seis años, cuando te bajaste el vestido por mandato de tu mamá, me dijiste una tarde en que yo te esperaba en el jardín, junto á un frondoso rosal, lugar de nuestras citas: "no vengas más. ¡Mamá regaña!" Y meses después te ví cruzar las calles, llegar al templo del bracete de tu padre, vestida de blanco tizú, coronada de azahares, velado tu rostro por un velo ténue, como aquella inolvidable mañanita de mayo, en que juntos hicimos nuestra primera comunión. Ibas á casarte. Alguien, más feliz que yo, había hecho la conquista de tu corazón. ¡Adiós, por siempre, tardes deliciosas de abril, noches placenteras de junio, pasadas en el jardín, en charla inocente! ¡Adiós paseos matinales, todos los domingos, al campo, en unión de tus papás, á beber leche fresca, recién ordeñada y á comer buñuelos de mantequilla! ¡Adiós mi musa, mi Hebe, mis amores primeros!

¡Amali! De blanco vestías aquel día fatal, que hoy, á través de las brumas de mis recuerdos, se me antoja muy lejano!

El blanco es color místico. Blanco es el humo que brota del incensario que mece el monaguillo y que va, en ondas caprichosas, á condensarse en las nubes, que blancas son también! Blanca es la faz de María Santísima, blanca la barba patriarcal del buen Dios, blanco el suave vellón del cordero eucarístico, blanca, ¡oh mi novia primera! tu alma virginal, tus diez y seis años, que despertaron, asustados, tímidos, de su somnolencia, al rumor de besos apasionados y al ruido de palabras henchidas de deseos.

Amali! ¿Recuerdas?

Y fué en mayo, cuando despuntaban las primeras lilas y se llenaban de agua clara los arroyuelos, un tanto secos, que corrían bajo la bóveda sombría de la montaña, entre la grama mustia que resucitaba

***

Ya llega el año nuevo......

Corriendo, saltando alegremente, gritando, viene el gentil chicuelo. Viene desnudo, en inocente desnudez de efevo, y sus carnes rosadas, parecen amasadas con pétalos de rosa. Viene presto, saltando, entre las flores; encaramándose, picaruelo, á los perales para saborear una fruta, hartándose de fresas frescas y bebiéndose el rocío que se queda preso en las hojas verdes y sedosas. El año viejo vuelve la espalda al sol, y se vaya,

ya, para no volver, al olimpo de los dioses caídos.

¡Ah! ¡Cuánta alegría, cuánto regocijo, al estallar en el cielo, la diana de luz de la aurora del primer día de Enero! ¡Cuánta alegría al cerrarse, entre vaguedades de ámbar, el broche de la postrer tarde del frío diciembre, al darnos el pobre año viejo la última mirada que parece decirnos: "¿qué mal os he hecho para que así gocéis al despedirme?"

Esperemos. Aun faltan días. Diciembre aun nos acaricia con sus vientos fríos, aun nos da sus noches despejadas, de cielo lleno de estrellas. Aun, en nuestra casa, vagan los ecos joviales de las fiestas de Noche Buena......

CONDE PAÚL

24 de Diciembre—1894

24 de diciembre

Van los reyes magos guiados por una estrella; impúlsalos una fe ardiente y salvan los ríos y atraviesan las montañas y preguntan á los viajeros.

El camino de Belén tiene algo del camino de Damasco, va Saulo á realizar sus deseos y una claridad deslumbradora lo detiene. Ahora que marchamos tras ficciones seductoras, ¿dónde está la estrella de Belén? ¿Dónde la claridad que detuvo á Pablo?

Sienten las almas el frío de diciembre, y en estas noches, cuando afuera silba el viento y dedos invisibles tocan el cristal de la ventana, hay muchos dolores que se encierran en el hogar, muchas lágrimas que ruedan tristemente, mientras el alegre són de las campanas llama á los favorecidos de la fortuna y á los favorecidos del engaño á disfrutar de goces de suyo efímeros.

Noche Buena llaman á la noche de hoy; debieran llamarla noche de la esperanza, porque esto de ser buena es tan sólo por la esperanza de que en pos de ella vendrán otras con menos dolores.

Es tradición en algunos países que en esta noche el anciano Santa Claus visita á los niños y les deja bajo la almohada un hermoso muñeco y repletos de confites los bolsillos. Tratan los chicos de ser buenos durante el año, para hacerse merecedores de los regalos.

Deseáramos que hubiera un anciano que en esta noche trajera para nosotros ricos presentes y que ahí nos llenara de ilusiones y sobre el libro abierto dejara al descuido lo que se necesita para no tener ideas tristes, lo que diera vida á esa esperanza que murió, perfume á esa flor marchita que recibimos en una alegre mañana de primavera y lo que por arte extraño lograra transformar en caricia tierna los golpes del desencanto.

¡Cantos del cielo, hacedme oír una vez más vuestra santa armonía! dice el doctor Fausto en la noche de pascua; pero no recordaba él que llevaba sobre sí la montaña de sus desilusiones.

Este es el día en que los niños saben que se les formará su árbol cuajado de luces, lleno de golosinas, el día en que se les permite, como á los señores grandes, pasar una noche en blanco, irse bajo los abrigos al vecino templo ¿y saben ustedes á qué? á dormir de lo lindo en las duros bancos, para contar mañana que se desvelaron.

A propósito de la fiesta de hoy por la noche, la Redacción de "El Fígaro" había determinado que se formara un álbum de Noche Buena, algo como breves pensamientos para publicarlos en este número, que ofrecemos como aguinaldo à las hermosas lectoras.

Aceptada la idea, invitamos á un amigo nuestro, literato de aquellos cuyas obras vivirán mucho, porque mucho valen; y tomando á broma nuestro propósito, escribió ésto: "A mí nunca me dejaron ir á la misa del gallo."

Es melancólica la noticia, quedarse entre cuatro paredes cuando todo canta, cuando en el templo se oyen las alegres notas del órgano y se entonan himnos de sin igual alegría, es para no olvidarlo nunca. Si nuestro amigo no fue á la iglesia en una noche como esta, vaya ahora; pero tenga cuidado de no perder su libertad y de no quedar aprisionado por los hilos flores que tienden las magas en noches de pasión y locura.

Debemos recordar á los amigos ausentes y á aquellos otros ausentes que se fueron al país de donde no se vuelve. Ellos han dejado varios sitios vacíos; conservémosles su lugar, que en espíritu estarán hoy con nosotros.

Como esta es época de flores, justo es ofrecer muchas flores, y U., señorita, encontrará, cuando vaya al templo, un pedacito de cielo formado de heliotropos, donde lucen sus primores los nevados lirios; formarán alfombra, pétalos de perfumadas azucenas, que hacen languidecer de amor á los rojos mirthos, y á los lados, sobre ricos tibores, camelias blancas y encarnadas dalias.

A un lado de la nave, en vez de pila de blanco mármol estará el agua bendita en el cáliz de un jazmín.

Preciosas cortinas formadas de hiedra y artísticas coronas de azahares harán el adorno del templo, y al pasar U. las flores nuevas dirán: ¡qué hermosa és!

Cuando suene la campanilla y eleve el oficiante la oración más pura, entonces y sólo entoces deben pronunciar los labios un nombre dulce, á cuya mágica vibración siente el alma que desciende uno como rocío benéfico. Ese rocío viene á regar las azules flores que trae en su cesto el año nuevo y que una deidad bienhechora distribuye entre sus predilectas.

Y como la noche ha avanzado, empiezan á palidecer las estrellas, y como aguarda la alegre cena en el hogar, urge despedirse, exclamando: ¡Gloria á Dios en las alturas y felices pascuas á las lectoras de buena voluntad!

LOHENGRÍN

Sueños Dorados

Al poeta aristocratico,
D. Manuel Gutiérrez Nájera.

I

Mab, la reina de las hadas
y amiga de las doncellas,
desde alto rayo de luna
desciende en su carretela.

Esta noche es la visita
destinada á las princesas,
y ...... mirad cómo se pierde
del palacio por las puertas!

Todos duermen, todos duermen,
hasta el pobre centinela;
y como es tan pequeñita,
nadie á su paso despierta.

II

Ved en la estancia nocturna
á la celebrada reina,
inspirando sueños rubios
á la más rubia princesa.

Gloria sonríe dormida
y modula frases tiernas .....
Parece que mienta un nombre ....
¿Qué será lo que ella sueña?

¡Tú me lo dirás, buena hada,
cuando á visitarme vengas,
si eres también compasiva
con los que el Amor enferma!

III

Una noche hablóme la hada:
"Melancólico poeta,
tú, el de los amores raros,
¿sabes que alguién en tí piensa?

Pues oye: es la princesita
más linda de las doncellas,
de los reyes adorada,
que ha leído tus poemas.

De noche sueña contigo,
y por ello está contenta,
pues eres el favorito
de sus amados poetas."

IV

Dijo; y luego, entre mis sueños
ví rodar su carretela,
y abrirse de su palacio,
cual por encanto, las puertas.

No ví más; pero en el alma
sentí el pesar de su ausencia,
en mi lecho al encontarme
ya sólo, sin luz, ni reina.

¡No me traigas ya más sueños
tan hermosos, hada buena;
que esos sueños, á los tristes
les aumentan la tristeza!

Miguel M. Luna

Lima, Invierno del 94.

Navidad

(DE MI TIERRA.)

A Eusebio Bracamonte.

La ciudad está al pie de una colina siempre verde que se alza al occidente, y que es el paseo favorito de las niñas y de las damas, de los jóvenes y de los muchachos, de todos en fin. Desde allí puede verse en toda su magnificencia el dilatado valle, con su horizonte delineado apenas en una lejanía muy azul.

En lo alto de la colina está edificada la capilla de San Antonio, que en las noches de luna se divisa como una paloma blanca posada en el gramal.

*

Era noche de Navidad.

Desde temprano iluminaron el frontis de la pequeña iglesia con faroles de colores distintos; y se veía como un altar. El trayecto por donde debía subir la procesión,—un ancho empedrado en forma de zig-zag que llamamos los *quingos*, estaba también lleno de luz; á uno y otro lado habían puesto mecheros encendidos que iluminaban casi toda la colina. Se esperaba el *nacimiento* con grande ansiedad.

En otras iglesias se celebra la fiesta con mucha pompa y esplendor, pero casi todos prefieren ir á San Antonio. Allí hay más sencillez y más encanto; más humildad, pero más poesía.

*

En cada templo hay una celebración. Los devotos del barrio correspondiente designan á un hombre y á una mujer, generalmente jóvenes, y, también generalmente novios, para que en la noche del nacimiento lleven á la Iglesia al *Niño-Dios*. Por esto se les llama *padrinos*. En la casa de alguno de los dos hacen una especie de altar rústico y simbólico llamado *pesebre*. Allí colocan la imagen del *divino niño*, mientras llega la hora de llevárselo á la Virgen y á San José, que están, allá en la Iglesia, en el altar radiante. El recién nacido no va solo con sus padrinos; lo acompañan dos largas filas de *pastoras*—niñitas las más lindas del barrio. Pondrán ofrendas al pie del

altar, y al dejarlas allí, dirán sus *relaciones* (versos cortos alusivos al acto y que se han ensayado muy bien).

°

La noche á que me refiero iba á estar muy bueno el nacimiento en San Antonio, ¡y lo estaría! para que no dijeran *los* de "La Merced", como el año pasado, que la fiesta de ellos había estado mejor.

Por eso los de *la colina* habían puesto más luces en la Iglesia, y más mecheros en los *quingos*, y en el altar más cirios y más flores.

A las once de la noche empezaron los repiques en todas las iglesias. Lentas y solemnes eran las campanadas de la Catedral y de San Francisco; allá á lo lejos, por distintos puntos, se oía la vibración metálica en las capillas de los barrios.

¡Pero en San Antonio! . . . . . ¿quién estaría tocando allí? El repique era más animado, la vibración más sonora y alegre; como si las campanas entonaran un himno de júbilo con sus lenguas de hierro! La colina estaba llena de gente.

—Allá vienen! gritó un muchacho, y sus compañeros repitieron en coro:

—Allá vienen!—Y se desprendieron para ir juntos á confundirse con la procesión, y subir con ella.

Traían los padrinos al *niño* en una gran bandeja de plata, en una cunita de flores. Detrás el acompañamiento infantil; cada pastora llevaba una candela en una mano, y en la otra su ofrenda. Vestidas de blanco, con sus velos cándidos y sus coronas níveas, parecían desposadas pequeñitas.

Subieron por los *quingos*, formando una huella de luz, entre los gritos de los muchachos, el son de la música y el estallido de los cohetes. Arriba, repicaban con más ahínco aún.

La capilla rebosaba de gente; entró el *niño*, y la ceremonia empezó. ¡Cómo ardía el altar! ¡con qué magnífica disposición habían colocado los cirios! De repente hubo un canto más alegre en el coro; el *bambuco* sonaba más airoso, y multitud de campanillas dejaron oír su *retintín* metálico. Todas las miradas se fijaron en el altar. Iba alzándose un velo lentamente; y entre nubes de incienso descendió una paloma que traía en el pico una grande azucena cerrada; la puso en el regazo de la Virgen; la flor abrió sus pétalos, ¡y allí dentro estaba el *Niño Dios* en miniatura, sonriendo de alegría!

Las campanas vibraban más sonoras como mo si ahora entonaran el himno del triunfo.

El otro *niño*, el que llevaron los padrinos, sirvió para la *adoración:* el sacerdote lo tomó en su cuna de plata y de flores, y todas sus amiguitas, las pastoras, fueron á adorarlo; dijeron sus relaciones sin equivocarse, y le dejaron jaulas con canarios; gorritas, flores, frutas y confites. Después, los devotos llenaron de monedas el platillo. . . . . .

Afuera, los cohetes y los gritos; arriba, las campanas.

Concluyó la fiesta; los de *la colina* quedaron contentos.

Y cuando un muchacho de "La Merced" se atrevió á decir que allá había estado mejor, los otros lo amenazaron con los puños cerrados, y aquél tuvo que huír.

ISAÍAS GAMBOA

El Tío Lucas.

A las primeras horas de la noche invadió mi gabinete de estudio una turba de muchachos alegres, amigos míos, quienes llegaron metiendo una bulla de once mil demonios.

—Hombre! hombre!—gritaban—no escribas, no trabajes!—Y uno me quitó la pluma, otro agarró el tintero, y los demás me alborotaron el escritorio, revolviéndome los papeles y los libros.—Hoy es pascua; ponte el sombrero y la capa, y ¡á la calle! á la calle!—Y casi á empellones, entre alegres carcajadas, me sacaron de mi cuarto aquellos locuelos mozalbetes.

—Pasemos primero donde *papá Peragallo*, dijo uno, y tomaremos *algo*, porque está haciendo un frío.........que el diablo que lo aguante.

—Bravo! bravo!—contestamos en coro—este frío quiere *pólvora ardiente.* Y embozados en nuestras capas nos dirijimos á casa del viejo marino italiano. Pasamos silenciosos por el paseo *La Juventud*, tomamos la calle de San Sebastián y nos encontramos luego junto al Café Peragallo. Entramos haciendo una algazara tal que las buenas gentes que tomaban tranquilas su cerveza, se levantaron asustadas, creyendo que algo grave ocurría.

—¡Tranquilísense! Tranquilísense! no es nada, no es nada!—gritaba el viejo cantinero.

É invadimos la salita interior, sentándonos luego al rededor de una mesa.

—¡Eh! tío Lucas! tío Lucas!—exclamaron todos mis compañeros. Volví la vista hacia un ángulo de la sala y ví á un anciano de barba blanca, encorbado, con una enorme charra de fieltro calada hasta las cejas, abrigado con un sobre todo gris.

—Ese viejecito, me dijo uno de los muchachos, tiene la particularidad de embriagarse solamente esta noche, es decir, en la pascua.—¿Verdad, tío?

—El viejo abrió desmesuradamente los ojos, suspiró y, con una sonrisa que movía á lástima, exclamó:

—Sí.........sólo en la noche de pascua! . . . .cuando cantan gloria. . . .cuando el Niño Dios nace, cuando los pastores-niños cantan sus endechas, cuando se descubren los nacimientos, y cuando suenan cascabeles y campanillas, y en las iglesias se cantan villancicos al son de orquestas sagradas, cuando por las calles el pueblo grita acompañado de marimbas, pitos y tambores. . . .ah! entonces cuando todos se alegran. . . .este viejo, el

honrado tío Lucas, que no toma un trago durante todo el año, debe estar embriagado, completamente embriagado........

—¿Y eso por qué razón, tío?—le interrogamos.

—¡La razón!......Acompañadme primero á apurar una copa. Ya os contaré la 'trite historia."

—¡Salud! salud! Por el tío Lucas!—exclamamos todos.

Dos gruesas lágrimas rodaron de los ojos del anciano.

—Echo afuera el cuento, viejito,—dijo uno de mi amigos, luego que hubimos apurado las copas de *San Jerónimo.*

—Atención, atención, gritó otro de los muchachos.—Oigamos la "triste historia."

—Era una noche de pascua.—Dijo el tío Lucas suspirando.—Cuánto me proponía gozar esa noche! En mi casa había nacimiento. Un cura debía llegar á las doce á cantar gloria. Un coro de chicuelas vestidas de blanco estaba listo para recibir al Niño con aquellas canciones que tánto alegran el alma. Mi esposa, mi hija, mi Eloísa, aquella criatura tan hermosa, como jamás he contemplado otra igual!....¿Han visto ustedes esas vírgenes de Concepción que vienen entre esos cuadros que nos mandan de España? Esas vírgenes que están en pie sobre una media luna, con la cara como mirando al cielo, rodeadas de nubecillas blancas y sonrosadas donde se asoman serafines y ángeles que riegan flores? pues así era mi hija! oh sí! era bella, soberanamente bella: era el encanto de mi hogar, el orgullo de Xelahú.

—¿Y cuánto hace que murió?—interrumpió uno de los oyentes.

—No lo sé—replicó el viejo.—Apuremos otra copa, que ya la noche avanza; y ya sabréis lo triste de la historia. Y el anciano llenó las copas de todos, y, con un *salud* muy quedo, tomamos, quedando luego en profundo silencio.

—Pues bien—continuó el tío Lucas—como les iba diciendo, esa noche nos proponíamos gozar mucho, ¡y qué buena cena teníamos! y qué orquesta! y qué nacimiento tan precioso! pero el Destino se empeñó en que ésa fuera para mí la noche más negra de mi vida. Acababan de dar las once. Los convidados empezaban á llegar. Con impaciencia esperábamos al cura y á los músicos cuando vimos pasar, dirigiendo miradas escudriñadoras, uno por uno, muchos hombres que por las trazas parecían malvados: uno paróse en la esquina, otro más abajo, otro al frente, cerca de un zaguán, los demás doblaron la esquina á la izquierda. Por aquel entonces las calles de Quezaltenango eran obscuras, lóbregas, casi puede decirse que infundían espanto. De repente, mi hija, que estaba en la puerta dio un grito horrible, y calló exánime. Acudimos presurosos, mi esposa y yo, luego mis cuñados, y levantamos á Eloísa y la conducimos hasta su catre. En seguida dirigíme á la puerta, y si no hubiera sido mi fortaleza de espíritu, ¡quién sabe! pues ahí, por la esquina de la plaza, desfilaban, alargándose y encogiéndose, unos fantasmas que parecían frailes y otros que parecían hombres encapotados, talvez esbirros. El miedo fue invadiendo mi espíritu; recordé que en el pueblo corría la especie de que de la plaza, los miércoles y los viernes, al acercarse la medianoche, se veía salir por la esquina de la parroquia, una patrulla de fantasmas, que la gente suponía ser los espectros de aquellos munícipes que hacía poco habían sido fusilados de orden del General Carrera, en la misma plaza, y en el lugar mismo donde se encuentra ese obelisco de piedra, que no tiene inscripción alguna. El miedo fue aumentando á tal grado que el cabello se me crispó. Luego los enormes fantasmas que parecían frailes y los hombres encapotados se me fueron aproximando; entonces quise gritar y sentí que una mano férrea me asía de un brazo, vi que los fantasmas, achicándose y dejando sus vestiduras talares, se precipitaban, convertidos en malvados furiosos, sobre mí para maniatarme y llevarme lejos, muy lejos. Y hombres enmascarados penetraron en el interior de las habitaciones, y oí un grito, luego sollozos y. ....ya no sé lo que pasó. Cuando volví en mí, estaba tendido sobre un gramal en la llanura de "La Ciénega." Dirigíme á casa y encontré la puerta cerrada: la empujé y abrióse inmediatamente. ¡Dios mío! qué crimen el que se había consumado! Mi esposa muerta! mi hija, mi Eloísa, mi virgencita, el tesoro de mi hogar, no estaba, ¡se la habían robado!........"

Y el tío Lucas se echó á llorar como un niño.

—Otra copa, tío! otra copa!—exclamamos nosotros—y acábenos de contar la "triste historia."

É inmediatamente pedimos dos botellas de *San Jerónimo.* Un amigo sirvió las copas.

—A la salud de los *devotos de San Jerónimo*! —dijo uno de nuestros compañeros más parlanchines.—Salud, contestó el viejo sollozando. Luego, se enjugó las lágrimas, y continuó: "A mi cara hija no la volví á ver. Al día siguiente los frailes habían hecho correr la noticia de que los diablos habían penetrado á medianoche en mi casa, porque yo, decían, estaba cometiendo pecados delante de la imagen del Niño Dios, y que los mismos diablos habían cargado con mi hija por irreverente, ¡ah infames! y que yo había sobrevivido para ejemplo, y que mi esposa había muerto del susto, al ver entrar á los demonios echando fuego por boca y narices........

"¡Malvados! para coronar la obra, los esbirros del tirano que entonces dominaba á Guatemala, me pusieron preso. Salí de la cárcel hasta que estalló la revolución de 1871.

"Desde entonces aborresco á los frailes y á los tiranos."

En esto dieron las doce, y conmovidos, nos despedimos del tío Lucas, y nos fuimos á recorrer las calles de la ciudad.

J. ANTONIO SOLÓRZANO.

A un rayo de luna

Limpia cinta de plata que te prendes
Como encaje de luz á su ventana,
Y curioso te asomas, y desciendes
Al lindo camarín de mi sultana:

En altas horas de la noche, cuando
En los brazos del sueño ella descansa,
Llega á su blanco lecho, é iluminando
Dulcemente su estancia, avanza, avanza.

Besa su cabellera destrenzada,
Besa sus ojos y su boca roja,
Su seno, de blancura inmaculada,
Donde su virgen corazón se aloja.

Y si en la amable paz de aquel retiro
Oyes que, como música del cielo,
Se escapa de sus labios un suspiro,
No tardes en tender hasta mí el vuelo.

Ah! tráeme esa queja desprendida,
Ese suspiro que turbó su calma,
Que yo lo guardaré toda la vida,
Como en un relicario dentro el alma!

VICENTE ACOSTA

Canción de Mayo

Mignón, adorable reina de Mayo! Yo te he visto pasar triunfante, vestida de blanco como una desposada, bajo las arcadas que forman los follages á las caricias de la Primavera.

Te he visto pasar, adorable reina, entre los rosales, con tu canastita de mimbre colgado al brazo, recogiendo rosas para el altar de la Virgen María. Te he visto cortar los azahares nuevos y los mirthos voluptosos......

¡Oh reina de Mayo!

Ibas al templo una mañana; cuando el alba preludiaba en el cielo azul su diana de luz y, dedos invisibles, despertaban las nidadas en los naranjos en flor. Ibas al templo, *bianca, bianca*, á hacer tu primera comunión....

¡Oh Mignón!

Después te vi más. Ibas por la floresta Virgen, camino del viñedo. Ibas cantando suavemente, suavemente, como tararea un pájaro, á la sordina, su canto glorioso. Ibas cantando y cortando flores, como una Ofelia lilial. Eras vendimiadora. El gajo de uvas negras, hidrópicas de madurez, no eran tan hermosas, ni tan negras como tus ojos! ¡Oh Mignón! Y te vi, recogida la falda, con tu delantal azul, cortar los ramos y echarlos en tu cesto. Y probé, á tu descuido, una uva. ¡Ah! ¡No era, la favorita de los labios de grana, más dulce que los dejos de miel de tus besos!

¡Mignón!

Te vi después, al principiar Mayo, al despuntar las primeras lilas, al reventar los primeros azahares. Eras Diosa de Mayo, é ibas vestida como una reina, coronada de blancas rosas, llevando en tus manos, como un cetro, una regia vara de nardos! Y te adoré. Cuando pasaste por la floresta, rodeada de aldeanas y aldeanos que cantaban un himno en tu honor, me postré de rodillas ante tí, y arrancándome del ojal de mi levita el ramito de violetas que mi madre me había prendido esa mañana, lo arrojé á tu paso. Estrujáronlo tus pies diminutos, calzados de seda!

¡Oh reina de Mayo! ¡Oh sultana de las flores!

Y después te ví. Tus labios rojos botaban cascada de risa cristalina que sorprendía á los pájaros. Tus manos blancas no se cansaban de cortar azahares y mirthos: iba lleno tu cestillo de mimbres. Tu falda rosaba las flores que casi se morían de voluptuosidad.

Y preguntabas con voz harmoniosa, mientras tus ojos miraban traviesamente y me prendías en la solapa de mi levita un azahar de nieve: "¿Conoces tú el país donde florecen los naranjos?"

¡Reina Mignón, señora mía! Conozco tan bien como tú ese país. En él, bajo aquel cielo, entre aquellos naranjos en flor y aquellos mirthos lujuriosos, te conocí, una mañanita de Mayo, cuando ibas á la vendimia, con tu sesto debajo del brazo y tu delantal de zaya azul, cantando y riendo, como una colegiala escapada.

ARTURO A. AMBROGI

Almas Blancas

—Ya te dejo ahí el agua para que te laves, el jabón y la toalla. Puse tu ropa limpia sobre la silla; acuéstate para que despiertes temprano, y reza. ¿Ya te enjuagaste la boca? El libro de misa que te regaló tu tía está en el cajón del buró....Buenas noches, me llevo la vela. Y la mamá dejó á obscuras la pieza, dando un beso á su hija.

—¿La mano, mamá? Hasta mañana. Me despiertas temprano, ¿eh? Tenemos que estar á las siete en punto,

¡Cuántas emociones, Dios mío! Al repasarlas en la memoria, la pequeña Julia sentia estremecimientos nerviosos; una ansiedad mayor que la experimentada al recorrer las leyendas de hadas ó las extrañas aventuras de aquellos niños que en los cuentos tenían que habérselas con ogros de un solo ojo....pero esta emoción no era inspirada por *ogros*, sino por cosas reales......

Muchas veces les había dicho el cura Sambonito, en el *catesismo* de los jueves, que la confesión era el acto trascedental. "¿Véis, predicaba, véis á los niños que se acercan á su papá y le dicen: papá, yo rompí la taza pero ya no lo vuelvo hacer? ¡Se me cayó!......El papá con voz muy dulce, les responde: "cuidadito con otra.... los perdona y los lleva al teatro como les había

prometido. "Así, hijitos míos, ese papá incomprencible, eterno, omnipotente, justiciero, es al que vamos á acudir y á decirle que hemos roto la pureza de la conciencia. Nos dirá: no lo hagas porque perderás mi gracia....Y nos llevará al cielo, no al teatro, ese lugar de inmoralidad, sino al empíreo, donde tocan melodías suavísimas las angélicas orquestas; mil soles iluminan el célico escenario, y las almas sienten los inefables placeres de la contemplación eterna de Dios nuestro Señor."

Julia no podía formarse una idea exacta de aquellas frases, sólo sentía un gran respeto y un gran cariño por aquel Señor de barbas blancas que era Dios....y luego ¡los infiernos! Se tapaba la gentil cabezita con las colchas y ponía la cruz al espíritu maligno. ¡Qué le podía hacer? El ángel de la guarda (eso tambien lo había dicho el padre Sambenito) ahuyentaba con su espada de llamas al rey de las tinieblas, y velaba así el sueño de los niños.

Llegó el día; mañana y tarde se encerró en un cuarto, pensó en todas las palabras malas que había oído en la cocina, en los golpes que le había dado á su mamá, en el muñeco que le rompió á su hermanito por tal de que no jugara con él; las veces que había desobedecido á su mamá que le prohibía las conversaciones con la hija de la portera, el robo del chocolate y el dulce de la despensa, su falta de aplicación en la escuela, los gestos que le hacía á la maestra cuando ésta no la veía, las mentiras: le contó á Pepita Robles que tenía *casa de muñecas*, y eso no era cierto....La vez que se rió de aquella señora que se tropezó en la iglesia.

¡Cómo haría su confesión? ¡Por escrito? Pero no sabía escribir bien. ¡Dios mío, qué pecadora era! ¡Qué vergüenza! Las niñas del colegio quizá no iban á acusarse de tantas cosas, y ella, ella era la más culpable; ¡qué vergüenza!

Al entrar en la iglesia le parecía que todos los santos la veían enojados; hasta aquella Magdalena otras veces de semblante tan dulce.

La iglesia obscura, desierta; la lámpara ardiente ante el sagrario, el viejo reloj con su péndola del tamaño de un sol, balanceándose dulce, discretamente, sin ruido, hasta que se oía *¡trac!* después un ruido de cuerda que se desenrolla zumbando, y *tán, tán, tán, tán, tín, tín,* las cuatro y cuarto que sonaban las campanas graves... Un pajarito, piando en las cornisas, hacía levantar la vista á las pocas señoras que rezaban; risas; ruido de llaves, grandes cajones que se abren en la sacristía y un cuchicheo en el confesionario, era el padre Sambenito, pegado el oído en la rejilla, con una mano cubriéndose la boca con el pañuelo á cuadros azules, y la otra recargada en el libro de oraciones lleno de cintas de color...... Las niñas desapareciendo tras las capuchas de sus tápalos, y él, oyéndolas, mirando vagamente los juegos de luz en los vidrios de colores de las ventanas; las confesadas allá en el rincón rezando su penitencia con mucho fervor, las otras sentadas en el suelo, cubierto el rostro por la mantilla y agrupadas en torno del *tribunal de la penitencia*....De pronto, alzaba el padre los ojos, murmuraba un rezo, echaba una bendición, cerraba una ventanilla y daba un golpecito en la otra. La penitente se alejaba con los ojos bajos y una nueva se acercaba á su vez. ¡Qué recio hablaba la Juanita Méndez! había escuchado las palabras: *¡malos pensamientos!* Tuvieron que taparse los oídos. ¡Qué, se oiría lo que todas decían?

Se llegó su vez....¡Qué le confieso al padre? Ni ella misma lo sabía. Todo se le olvidó, y tuvo que decir: "acúsome, padre, de todos los pecados que no me acuerdo."

—*Una estación* de penitencia, y se alejó con los ojos bajos, decidida á no pecar más....

Las niñas deben haber leído todas sus faltas en la frente: estaba roja y apenas tuvo tiempo para dejarse caer de rodillas junto á un santo de barbas blancas, con un báculo y un cerdo á los pies: San Antonio Abad.

¡Qué luchas! Sin querer se le habían salido palabras duras, había mentido; pensó en las muñecas, cosa que no debe hacerse después de un acto tan grande; no había dicho completo el *yo pecador;* se conocía que el diablo, envidioso, le presentaba ocaciones de pecar, ¡pero de que servía? Ella (lo había dicho el padre Sambenito) estaba blanca como el Cordero del Señor, la paloma, emblema de pureza....Y cuando sintiese tentaciones debía decir *¡Avemaría!* y el demonio mordiéndose de rabia, azotándose, caería á los abismos....¡María me saludó seria! ¡Qué culpa tengo yo de que mi traje blanco sea mas ó menos bonito que el suyo! ¡Ay, es una envidiosa! Qué horror! había hablado mal del prójimo y eso era pecado! Angel de la Guarda, defiéndeme; el diablo me tienta *¡Avemaría!* Y se quedó dormida....

II

En las rendijas de la puerta encendió el alba pálidos rayos de claridad. Ella despertó. ¡Qué horas serían? Tuvo que apretar los labios al lavarse para que no le entrara agua, porque así interrumpía el ayuno. Todos dormían en la casa; sólo en el cuarto del baño los pájaros armaban una alharaca atroz en sus jaulas cubiertas por trapos. Llamaban la primera misa en la iglesia. Todavía brillaban algunas estrellas como gotitas ardientes en la bruma pálida y dorada del amanecer ...Debía hacer mucho frío.... Los vidrios estaban opacados por el vaho que se fundía en lágrimas....No habían apagado la veladora de porcelana, señal inequívoca de que su mamá no despertaba, y de puntillas se acercó al cuarto....¡Todos dormían!

En la media luz nada se distinguía! ¿Dónde estaría el abrochador para las botas? Talvez en el alhajero de cristal....¡Y las ligas? ¡Se habían olvidado?....¡Malo! las cintas de las enaguas estaban hechas un nudo. ¡Mamá! ya es muy tarde..... Momentos después, la mañana reía en el cielo azul. En las macetas, en las vidrieras relampagueantes, en florones de la alfombra, en todo.... ¡qué día tan azul! ¡qué nubes tan limpias! ¡qué tonos dorados tan tiernos en las cornisas blancas

de la azotea! Todo era luz; hasta ella, flor matinal, tenía la blancura de la nube en el crespón flotante, vaporoso del velo; el azul puro de los ojos en el alma; el gorgeo del ave en el labio.... y las tintas suaves, la luz tranquila en la mirada ......Todo era blanco: el velo, el listón, el gros del vestido, el encaje. Parecía una filigrana de nieve, un juguete de porcelana, una miniatura en mármol y oro......el oro en los cabellos, lo inmaculado en el traje......

III

Todas se arrodillaron; parecía que una nube de incienso se había tendido en las alfombras desbordando el lino del comulgatorio ....Era una bruma de velos, sólo manchada por la nota obscura de los cabellos rubios......La luz tenía caricias para el estuco pálido del altar, prendía estrellas de oro en cada cornisa, en cada candelero; arrancaba chispas de color á los prismas del candelabro; parecía incendiar el cáliz, y en medio de aquellos reflejos, el padre Sanbenito, anciano, blanco, grave, envuelto en la casuya de bordados brillantes. Las ráfagas del Sol dibujaban su banda diagonal en el espacio, rompiendo nubes de incienso: parecían un chorro de luces de Bengala al inflamar los vidrios de colores.... El padre descendió lentamente la hostia pequeña y alba: el monaguillo rojo al lado......la patena arrojaba sus reflejos á aquellos rostros de siete años, perfilaba dulcemente los entreabiertos labios, alargaba la sombra de los ojos bajos...... mientras el organo, con acentos poderosos de guerra, hacía retumbar las bóvedas.

¡Qué hermosa la mañana al salir! ¡Què orgullo en las frentes maternales! ¡Qué triste el mutilado que pedía limosna en el atrio!......¡Qué sucias las muchachas curiosas que encontraron al paso y que no habían hecho su primera comunión......

Los salones del colegio estaban inconocibles: las mesas tendidas, las tazas azules coronadas de flores, el techo con guirnaldas, las paredes con banderolas y coronas de ciprés, el altar de la Virgen como una ascua, y el suelo sembrado de amapolas pisadas, petálos de rosa manchados de ladrillo..........La música de cuerda en la otra pieza......

—¡No vayan á escupir enjuáguense la boca antes del desayuno! ¡María levanta á Marta; no alcansa la banca! ¡Los velos guárdenlos en la clase de geografía! ¡Ponte la servilleta no te vayas á ensuciar! La que no esté en orden no se desayuna!......

Los gritos se cruzaban; el criado, mandil blanco, hacía equilibrios para pasar los chocolates llenos de flores, los canastillos de los *brioches* estaban vacíos; había niñas que comían pan á secas, otra lloraba porque se le había volteado el chocolate en el mantel; una hacía la confidencia de que iban á llevarla á retratar después del desayuno, y el cálculo de cuánto habían costado las botas de Luisa. La maestra con delantal blanco dió un golpe; era la señal para cantar el coro: *¡Oh Virgen María!* etc., acompañado por la profesora de solfeo en el vigésimo clavicordio de la *Amiga*. Los niños cantaban con la boca llena de pan, hasta que Juanita desenrolló el papel atado con un listón azul. La pequeña alocución, compuesta ex-profeso para el acto por el profesor de escritura, concluía así:

"Llevais una estrella en la frente: la de la pureza; la vida es un mar. Recordad en las horas de borrasca este día, y que no naufrage esa estrella que, como la de los magos, os llevará al cielo."

....

....

....

La vida es una borrasca, es verdad: los recuerdos tristes, la duda, el pesar, son sus olas más amargas; las sombras se hacen en el alma; todo parece haber naufragado, haber muerto.... Cuando en esa sobmra en esa agonía, no aparece una memoria así, blanca, pura, querida, como las niñas de velo de crespón que llevan una estrella en la frente; cuando no se evocan esos cuadros místicos de la infancia; cuando el alma es un templo vacío, mudo, sin incienso y sin creencias......entonces se dice con una amargura incurable: ¡he naufragado!

ANGEL DE CAMPO

El gran secreto.

De su fiel corazón llamé á la puerta,
Donde amorosa lágrima vertí,
Y era una roca que jamás abierta
En mi angustia ví.

Cuando me consumía la ansia loca
Otro, lleno de júbilo, llegó;
Cogió un diamante, y al rayar la roca
Su corazón se abrió!

SAMUEL VELARDE

Cuentos de noche buena

A RAMONA

María Teresa, mi preciosa discípula de once años, me dijo cierta vez en el salón de su casa:

—Oiga, Ud.: hoy es noche buena, velaremos hasta que cante el gallo, y espero que Ud. me contará unos cuentecitos. ¿Verdad?

—No sabes, le respondí, lo que me pides. Eso es muy difícil. Se quiere cierta *gracia* y *genio* para ser buen narrador. Mejor, si quieres, leemos algún cuento de Andersén ó de las *Mil y una noches*.

—No, me dijo, Ud. ha andado mucho, y debe saber muchas cosas. Un cuento suyo quiero.

Y fueron dichas las últimas palabras con un tono dictatorial que no dejaba lugar á réplica.

Yo quería mucho á mi discipulita. Oyendo sus candideces de ángel, contemplándola formal en su silloncito, con el libro en las manos, ó inclinada sobre su pizarra, día por día, me acostumbré á quererla como un padre á su hija mimada.

Hasta que somos hombres, y tenemos discípulos, podemos comprender cuánta abnegación, cuánto cariño, cuánto amor se tiene por un discípulo.

Cuando ya desengañado y triste he visto á un maestro de escuela rodeado de sus dicípulos, he recordado con tristeza las dulcísimas horas de mi niñez fugitiva.

El maestro era un joven lugareño que nos enseñaba los lunes y jueves Aritmética, por Domínguez, los martes Moral y Urbanidad, por Zamacois; los miércoles y viernes Gramática castellana y Ortografía por la Real Academia Española, edición de Bouret, y el sábado, por la mañana, ejercicios de Aritmética y por la tarde el histórico Ripalda. Todos los días, á tarde y mañana hacíamos planas y cuentas. El domingo íbamos á traer pino de las cercanas colinas, ó á bañarnos en un abundante arroyo, llamado "*Agua dulce*", en la poza de "*la niña Raquel*". En el camino jugábamos *á guerra*, ó íbamos buscando nidos de torcazas ó panales cuyas avispas muchas veces nos picaban hasta los ojos.

El maestro nos veía con cierta complacencia paternal, desde el pie de un pino, donde regularmente se sentaba. Al entrar á la poza hacíamos una bulla infernal. Menudeaban los *colazos*, ó jugábamos *á la berruga*. Cuando alguno salía *emberrugado*, la algazara, los gritos, rizotadas, y chillidos era insoportable. El maestro nos llamaba, pero nosotros nos hacíamos los sordos. El *se dejaba*, y nos contemplaba pensativo....... Después he sabido que el maestro había perdido á sus padres, y que hacía muchos años estaba lejos del pueblo que lo vio nacer. Entonces comprendí porqué el maestro nos veía con tristeza y entraba en hondas meditaciones. Talvez pensaría en el porvenir de todas aquellas creaturas inocentes.

Volvíamos por la tarde. El sol doraba las cumbres de las montañas vecinas, las golondrinas rozaban con sus pardas alitas la verde llanura, el *guaco* cantaba en la copa de alguna encina ó en la rama seca de un viejo ocote.

Cuando María Teresa me hablaba, traía á la memoria todos estos dulces recuerdos, y entonces me abandonaba á sus caprichos y pensaba en su porvenir . . . . ¡Pobrecita! Talvez iba á ser desgraciada.

Volví á la casa á las ocho de la noche. María Teresa me espiaba, observaba mis movimientos con impaciencia hasta que al fin logró atraparme.

—Ahora sí, me dijo, no se levanta Ud. de aquí sin contarme cuentos.

Como Dios me ayudó, me puse á inventar mentiras, de la cuales trascribo aquí algunas.

I

Todos los niños que se mueren, al llegar al cielo, ordena Dios á San Pedro que les ponga alitas color de rosa y les enseñe canciones muy bonitas. Los niños andan por los jardines volando sobre las flores como las mariposas, pero es preciso saber que las flores son de azúcar y que las frutas son confites, panecillos de leche ó tartaritas de almendra. El hermoso río tiene por arenas diamantes y cornelinas de diferentes colores, que á los rayos de un sol eterno, cuya luz no da calor, se encienden en profusión de luces, y, semejan las riberas, un arco iris extendido á los costados del río.

Jugaban cierta vez los niños con un angelito que habían encontrado de paseo en una estrella, cuando oyeron resonar por todos los confines del empireo músicas nunca oídas, cantos que no podemos concebir. Una explosión de luz repentina apareció en el Oriente, y los mundos entonaban el himno inmortal al Ser Supremo. Una estrella que los niños siempre contemplaban con tristeza por su palidez, se iluminó de repente como nuestras lámparas electricas en las noches obscuras. Era la tierra, este valle de dolores y tristezas....

—Pero porqué era tanta alegría? me preguntó, interrunpiéndome, María Teresa.

—Pues, simplemente le dije, por que eran las doce de la noche del 25 de diciembre del año primero de nuestra era. En un establo de un pequeño pueblo de la Judea, lejos de la sociedad, sin más compañeros humanos que un venerable anciano y una preciosa virgen de quince abriles, desnudito, tiritando de frío, había caído del cielo un niñito, cuya frente estaba iluminada por un nimbo de luz celestial, cuyos preciosos ojos aceitunados tenían toda la ternura, toda la divina reverberación de lo infinito. Su preciosa boca parecía un capullito de rosa, y su cuerpecito tenía todas las preciosas formas de los niños que pintaba en sus cuadros el inmortal Goya.

Aquel niño era JESÚS, el Redentor de los hombres.

II

La mañana estaba luminosa. El mar verde obscuro, parecía un mar de aceite. Los negros alcatraces se cernían en el aire, blancas garzas se chapuseaban en la orilla y las gaviotas se balanceaban como barquitas-miniaturas en la superficie inmensa del océano. En el muelle había un hervidero humano. Niños agarrados á las manos de las mamás, gordos comerciantes, de mejillas encarnadas y sombreros de fieltro. Jóvenes de patillas, con libros bajo el brazo, y mozos de cordel arrastrando cajas, baúles, balijas, y gritos y . . . . la mar.

El vapor se balanceaba allá lejos, esperando las lanchas que nos debían transportar. Varios viageros bajamos á la lancha de la Comandancia, que bondadosamente nos había ofrecido el Capitán del Puerto, un capitán de finas maneras, de poblada barba negra, de tez quemada por el sol de los trópicos, y en cuyo rostro se adivinaba la energía de carácter.

Entre los pasajeros de la lancha iba una hermosa señora de origen francés con un lindo chi-

quitín, como de diez años, de ojos azules, cabellera aurea y de cuerpecito muy mono. Vestido de blusa azul garibaldina, pantalón corto de paño negro, medias del mismo color y con un sombrerito de paja, de anchas alas de las que pendían dos largas cintas negras. Tocome en suerte quedar junto á aquel gracioso niño, con quien entablé conversación y de quien fuí gran amigo.

Desde ese día ya no nos separamos. Su señora madre, que era muy bondadosa y educada, algunas veces llegaba á creer que el niño me molestaba, pero es que no sabía mi adoración por esos pedacitos de carne animada. El nene me hacía tales piruetas que con él hasta olvidaba mis tristezas.

La señora deseaba leer algo, pero en francés, porque no entendía el español. Dichosamente entre mis libros llevaba en aquel idioma el Werther, cuyas páginas no dejaron de arrancar alguna lágrima furtiva á aquella señora en extremo sensible.

Yo, por andar con el nene me había olvidado de mis autores favoritos. ¿Qué libro más digno de estudio que el corazón de un hombre germen?

Carlos, que así se llamaba el vicho, me contaba muchas cosas, y por su carácter caballerezco, soñador y valiente pensé que con el tiempo el niño sabría soportar con fortaleza los embates de la suerte.

Yo tengo excentricidades particularísimas. Amo los peligros. Un abismo me atrae, me llama, y siento cierta voluptuosidad con el frío que producen en nuestro sér las cosas sublimes. En mis queridas montañas, cuando de viaje, durante el mes de noviembre silbaba el huracán y pasaba descuajando bosques, y ahullando como un endemoniado por las sinnosidades y las vertientes de los cerros, sentía un placer indefinible, y deseaba convertirme en una hoja ó tener alas para volar sobre el huracán desatado.

Después de varios días de navegación, alcanzamos á ver las costas, término de nuestro viaje. Al siguiente día desembarcaríamos. Al ver la tierra casi á un tiempo se oyó á toda la multitud, apoyada, sobre el puente del vapor, dar el grito que hace cuatro siglos se oyó frente á la Isla de Guahanani *¡tierra!*

Por la tarde el cielo empezó á nublarse. Como bandadas de aves negras llamadas por una voz, las nubes fueron apiñandose en el horizonte que á poco rato estaba obscuro y estrecho. A poco un trueno lejano se dejó oír á lo lejos, en seguida otro, y otro, y otro. Los rayos se desgajaban en racimos como miriadas de serpientes de fuego, la lluvia caía á torrentes, el huracán rugía en los cables y el vapor crujió.

Las mujeres doblaron las rodillas y se pusieron á orar; algunos tipos que habían hecho durante el tránsito el papel de *libre pensadores* se cruzaron de brazos y rezaron con toda devoción ....

Un personaje interesante dejaba olvidado. Era un vejete de cuerpo pequeño, de cara redonda, donde bailaban dos ojitos negros y vivos como los de un mono. Su sombrero amarillado por los años era de una forma indescriptible. En su gabán hubiera hallado Goethe bastante material para su teoría de la luz. Llevaba bajo el brazo una pequeña balija. En ella traía todo su capital reducido á peluconas españolas, letras de cambio, ricas alhajas y piedras preciosas.

Era el tal un avaro redomado. En todo el día no se separaba de su balijita la acariciaba á ratos con cariño paternal y nunca sácaba ni una moneda de ella. Con decir que había tomado pasaje de última clase y que nunca compró ni una nuez, está dicho todo.

La noche de la tempestad, cuando se convenció de que talvez naufragaríamos, en vez de prepararse con ánimo fuerte ó de buscar algún consuelo en la religión, se arrojó de bruces sobre la balija y se puso á chillar á moco tendido.

En semejante tribulación ninguno puso atención en el anciano.

Yo, deseando contemplar aquella lucha sublime de los elementos, me dirigí á cubierta. A pararme al pie del mástil para sostenerme iba, cuando vi una pequeña sombra acercárseme. Era Carlitos que me seguía. Como el huracán era tan fuerte amarré al niño con mi banda y yo me agarré con fuerza á uno de los cables. El huracán sacudía nuestras cabelleras, y el agua nos golpeaba el rostro y nos penetraba. Los rayos nos iluminaban con su luz lívida y las olas, como aves montruosas, daban aletazos entre las tinieblas en los costados del vapor.........................

....

Poco á poco la tempestad se fue calmando. Á las dos de la mañana bajamos al salón, donde todavía rezaban las mujeres. Les dije que ya todo había pasado y no fue poco el susto de la madre al vernos á Carlos y á mí empapados. Todo lo adivinó. Enjugó al niño y nos despedimos para ir á reposar las pocas horas que faltaban para amanecer.

Nos habíamos sentado á la mesa. Todos charlábamos alegremente. La conversación versaba sobre los acontecimientos de la noche. Un caballero español preguntó al niño.

—Y Ud., amiguito, que tal, tuvo miedo?

—Yo no dijo Carlos, yo me fuí con mi amigo á ver la tormenta, y créalo, que aquello era muy bonito. Yo no soy miedoso, como ese señor, dijo señalando al anciano de la balija, que en cuanto oyó tronar se echó así, y tenía una caja vacía de pasas y se puso de bruces, haciendo que lloraba sobre ella.

La ocurrencia del muchacho causó la hilaridad, que en vano tratábamos de ocultar todos nosotros, y el anciano se fue todo corrido de la mesa.

Alas 4 de la tarde me despedia de mi amiguito cuyo recuerdo tengo siempre presente.

De esto hace ya muchos años ¡quien sabe si Carlos se acuerde de mi como yo de él!

Juan María Cuéllar

Imprenta Nacional